

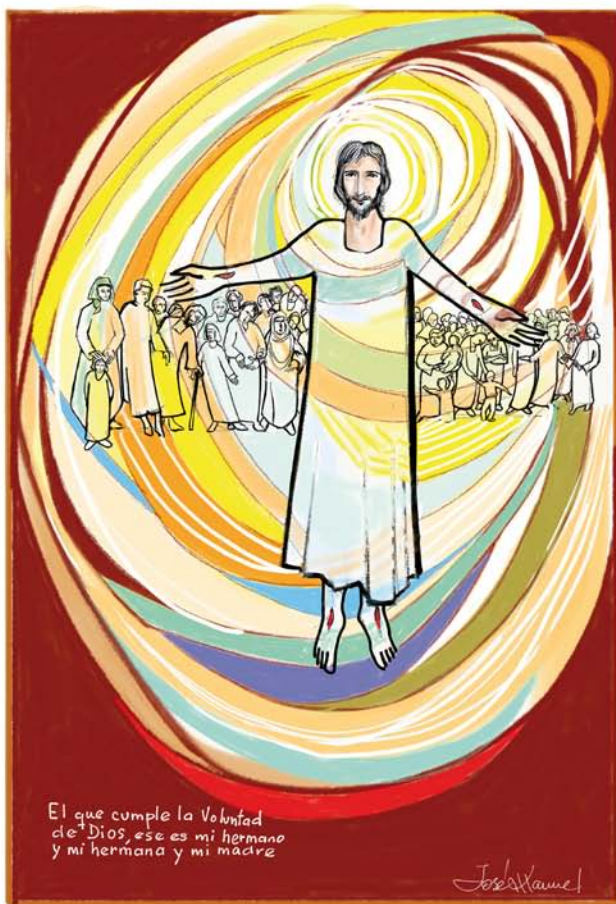


DIÓCESIS DE CARTAGENA



Edificados en Cristo

Haced la voluntad del Padre



Edificados en Cristo

Haced la voluntad del Padre

TEMAS DE FORMACIÓN



EL OBISPO DE CARTAGENA

PLAN DE FORMACIÓN PREPARADO PARA ESTE CURSO

El tema del seguimiento de Nuestro Señor, fruto de la llamada y del reconocimiento de Jesucristo como nuestro Maestro que nos conduce y acompaña, nos interpela para que no descuidemos un aspecto que es esencial, la formación, una seria preparación para la misión.

La Diócesis de Cartagena ha preparado un itinerario formativo del seguidor de Jesús, el cual hunde sus raíces en la naturaleza dinámica del discípulo. Pretendemos imitar la pedagogía de Jesús, que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos, con la palabra y con el testimonio. El Señor nos enseña el método: *Venid y veréis* (Jn 1, 39); el centro de atención para ellos no podía ser otro que el mismo Jesús: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6). Es conocida la pedagogía de Jesús, Buen Pastor, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertó las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. Él los introdujo en el misterio del Reino de Dios, y después de su muerte y resurrección los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu.

Propongo para este año un tiempo de reflexión sobre el papel, vocación y vida de los laicos en la Iglesia, como primer paso, para animar a todos a encontrar su ministerio y responsabilidades en nuestra comunidad eclesial, movidos por la esperanza de la riqueza que conlleva la participación de laicos y consagrados en la aventura de la Nueva Evangelización. Ya hemos ido poniendo los cimientos para un planteamiento de renovación constante de nuestra condición de discípulos: el encuentro personal con Cristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión. Ahora toca que cada uno ponga de su parte para refrescar su identidad de creyente, participe en la reflexión de grupo y saque las consecuencias para la vida.

Estos materiales que hemos dispuesto los puedes estudiar y orar personalmente, trabajarlos en grupo con ayuda de las catequesis que se ofrecen, o bien trabajarlos con ayuda de un profesor.

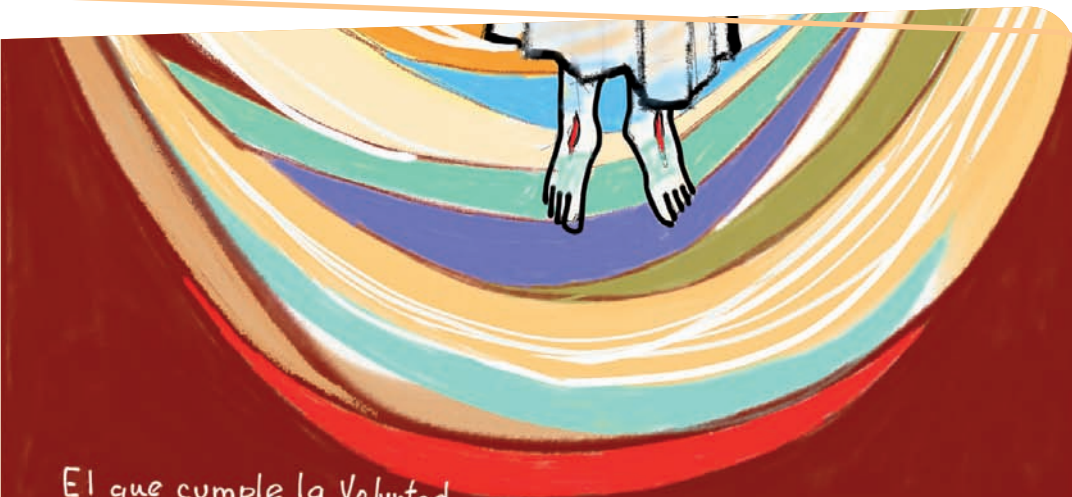
Agradezco el trabajo realizado por D. Pedro Luis Vives Pérez, profesor de nuestro Instituto Teológico San Fulgencio, en la elaboración de estos temas de formación. Y pido que la Santísima Virgen María nos ayude a ser discípulos misioneros.

José Manuel, Obispo de Cartagena.



ÍNDICE

1. La vocación de los laicos.....	7
2. Los laicos en el corazón del misterio de Dios	21
3. Los laicos en el corazón de la Iglesia	35
4. Los laicos en el corazón del mundo	51
5. Los laicos, evangelizadores con Espíritu	65



El que cumple la Voluntad
de Dios, ese es mi hermano
y mi hermana y mi madre

Josef Haumei

DIOCESIS DE CARTAGENA

Edificados en Cristo
Haced la voluntad del Padre



PLAN DE PASTORAL
PARA EL CURSO 2018-19

Edificados en Cristo

Haced la voluntad del Padre

Tema de Formación 1º

La vocación de los laicos



La vocación de los laicos

Esta primera catequesis presenta la vocación de los fieles laicos en los momentos actuales. De un papel marginal, en el pasado, su presencia ha llegado a representar, en el tiempo presente, la gran esperanza de la Iglesia. Sin embargo, este acentuado protagonismo no deja de estar exento de peligros y tentaciones, como las sufridas especialmente después del concilio Vaticano II. Estos desafíos demuestran que aún es necesario reflexionar en la identidad y en la vocación de los fieles laicos, siguiendo la estela de la enseñanza del concilio y del magisterio posterior. Ésta sigue siendo la mejor pauta para definir la identidad del laico en la Iglesia y en el mundo, que viene definida desde Cristo (misterio), la Iglesia (comunidad) y el mundo (misión).

La palabra laico proviene del término griego *laikós*, que a su vez deriva de *laos*: pueblo. *Laico*, por consiguiente, significa *uno del pueblo*. Bajo este aspecto es una palabra hermosa. Por desgracia, tras una larga evolución histórica, en el lenguaje profano, sobre todo político, *laico* ha llegado a significar oposición a la religión y, en particular, a la Iglesia, de suerte que expresa una actitud de separación, rechazo o, al menos, indiferencia declarada. Esa evolución constituye, ciertamente, un hecho lamentable.

En el lenguaje cristiano, por el contrario, la palabra *laico* se aplica a quien pertenece al pueblo de Dios y, de manera especial, a quien, por no tener funciones o ministerios vinculados con

el sacramento del Orden, no forma parte del *clero*, según la distinción tradicionalmente establecida entre *clérigos* y *laicos*¹. Esta distinción, aunque en sentido negativo (en cuanto que distingue al laico de las demás vocaciones en la Iglesia), indica sin embargo la plena pertenencia de los laicos, según su vocación propia, *al mismo* Pueblo de Dios. Ellos, que representan la gran mayoría de este Pueblo, son sin duda a la vez su gran esperanza.

1. La «hora» de los laicos: esperanza de la Iglesia

El resurgir, o el despertar, del laicado es una gran esperanza que anima a la Iglesia al inicio de tercer milenio. El siglo XX, considerado como el «siglo de la Iglesia», también puede ser considerado el «siglo del laicado».

A ello ha contribuido considerablemente la doctrina del concilio Vaticano II (1962-1965). Asumiendo las enseñanzas de los Pontífices anteriores (Pío XI y Pío XII), que se mostraron cada vez más favorables a promover la acción apostólica de los laicos, el concilio consiguió devolver al laicado un protagonismo que durante siglos había decrecido. A su figura le dedica un capítulo (IV), de la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, así como un decreto específico, titulado *Apostolicam Actuositatem*. En ellos el laico aparece como un «estado» de la vida de la Iglesia, junto a la jerarquía (obispos, presbíteros y diáconos) y a los religiosos.

Precisamente, al estudio y a la contemplación de la vocación laical estuvo también dedicado el Sínodo de los Obispos de 1987, cuyo fruto fue la Exhortación apostólica *Christifideles laici* de Juan Pablo II, en la que presenta de forma orgánica y sistemática la identidad y la misión del laico dentro del misterio de comunión-Iglesia.

¹ Así aparece en el *Código de Derecho Canónico*, c. 207,1. Para rastrear mejor el significado terminológico, cf. A. M. Calero, *El laico en la Iglesia. Vocación y misión*, Madrid 1997, 39ss. También, cf. San Juan Pablo II, *Audiencia general* (27 octubre 1993) presentó estas distinciones básicas del significado del término laico.

A esta doctrina se suman los numerosos signos y testimonios de personas, grupos y movimientos que, buscando aplicar la enseñanza eclesial, se han abierto a la misión de la Iglesia y se dedican generosamente al apostolado, y muestran así que las maravillas de Pentecostés no han cesado, sino que se renuevan abundantemente en la Iglesia actual. La existencia abundante de laicos comprometidos en la Iglesia, junto con el notable desarrollo de la doctrina del laicado ya apuntado, indica que este florecimiento de la vocación laical en el tiempo actual es una obra del Espíritu Santo, principio vital de renovación de la Iglesia.

Esta promoción de la vida laical en la Iglesia suscita un sentimiento de gratitud inmenso al Señor, siempre maravilloso en sus dones. «Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad, y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe»².

Pero, para que esta esperanza no decaiga en la Iglesia, es necesario continuar profundizando en las raíces de su identidad y de su misión en la Iglesia. De lo contrario puede suceder como se interroga el Papa Francisco, en una de sus cartas: «sabemos que es la hora de los laicos, pero parece que el reloj se ha parado»³. Los desafíos y los peligros que pueden detener este reloj pueden ser varios: «En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones»⁴. Estos desafíos y peligros ya habían sido apuntados en el Sínodo de 1987.

2 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 102.

3 Papa Francisco, *Carta al Cardenal Marc Ouellet* (19 marzo 2016).

4 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 102.

2. Dificultades y peligros para la vocación laical desde el posconcilio

«El Sínodo ha notado que el camino posconciliar de los fieles laicos no ha estado exento de dificultades y de peligros. En particular, se pueden recordar dos tentaciones a las que no siempre han sabido sustraerse; la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimar la indebida separación entre la fe y la vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en las diversas realidades temporales y terrenas» (ChL 2).

Según esta cita de *Christifideles laici*, lo que puede detener una auténtica promoción del laicado es el *clericalismo* y el *secularismo*. Estas son las dos tentaciones típicas que pueden amenazar su vocación.

2.1 El clericalismo

Se produce cuando el laico quiere usurpar las tareas y las funciones del clero. El peligro consiste en que, con ese intento, el laico olvida su natural referencia a sus compromisos específicos seculares, tales como el trabajo, la familia, la sociedad, la cultura, la política, etc...

Esta tentación, en el fondo, pretende una reivindicación de su papel positivo para la Iglesia, marginada durante muchos siglos, fruto de un papel preponderante de los clérigos en ella. Como

respuesta a este débito, algunos piensan ahora que la mejor manera de promover la conciencia laical hoy es arrebatar las funciones clericales, como si éstas fueran las únicas que existen en la Iglesia.

Esta tentación olvida, por tanto, que la definición de la vocación laical no depende primariamente de su comparación o equiparación a otros estados de vida eclesial, sino que procede de su inserción en el único Pueblo de Dios, en el misterio de Iglesia, del que nacen todas las vocaciones y funciones de la Iglesia. Ello explica que esta tentación se presente, con frecuencia, como un *funcionalismo*, en el que la dignidad del laico depende más de los que hace, que de lo que es. Por ello, también es proclive a competir con los pastores de la Iglesia acerca de las funciones, ministerios y servicios a desempeñar, en el interior de las comunidades eclesiales. Con ello, se olvida de su papel imprescindible y específico de testimoniar el Evangelio *ad extra*, es decir, en el mundo, dirigiendo su acción primariamente *ad intra*, hacia la misma comunidad cristiana que, entonces, pierde toda tensión misionera y evangelizadora. Esta tentación conduce a un modelo de Iglesia autoreferencial y narcisista, fruto de una “mundanidad espiritual”⁵.

2.2 El secularismo

Se produce cuando el laico, en su afán de insertarse en el mundo, queda fascinado por sus posibilidades y logros, hasta llegar a confundirlos con la fuerza del Evangelio. El peligro consiste en que, con este compromiso con el mundo, el laico olvida que éste es creación de Dios, que tiene su origen y su destino en él.

Esta tentación, en el fondo, es fruto de la época moderna, en la que la emancipación de la razón, la ciencia y el progreso, han traído consigo la negación de la existencia de Dios (ateísmo) o, al menos, ha hecho inútil su presencia providente en la historia

5 «La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal» (Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 93).

(deísmo)⁶. Esta tentación termina por arrancar las raíces religiosas inherentes del corazón del hombre, considerando entonces a Dios como algo sin sentido para la existencia del hombre, como alguien extraño para el hombre e, incluso, su adversario⁷.

Olvida, de este modo, que Dios se ha hecho hombre precisamente para salvar al mundo, que la creación y la encarnación forman parte de un mismo designio amoroso de Dios y que, por tanto, el mundo sólo alcanza su plenitud desde Cristo. Ello explica que el mundo necesite el anuncio del evangelio que, a través de la acción del laico, resuena en su interior. Sin esta labor, el mundo nunca se podría salvar a sí mismo. Sin embargo, esta tentación sugiere lo contrario: que es el progreso científico-técnico del mundo el único criterio capaz de indicar la verdadera salvación del hombre. Por ello, no es el mundo el que tiene que subordinarse al evangelio, sino éste al mundo.

De ahí que, la expresión más común de esta tentación sea el *modernismo*, en el que la potencia salvadora del Evangelio tiende a medirse o confundirse con los efectos o resultados seculares que produzca. Esta tentación sugiere siempre una lectura exclusivamente humanista del evangelio, que suponga solo un alcance secular del papel de la Iglesia y una pérdida, por consiguiente, de su misterio trascendente. Difícilmente el laico que es abducido por esta tentación puede ser ya sal y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16), sino más bien se convierte en masa incapaz de dar sabor ni calor al mundo.

6 «Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagar en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro» (Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 89).

7 «Es cierto que en algunos lugares se produjo una “desertificación” espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. (...) También la propia familia o el propio lugar de trabajo pueden ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla» (Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 86).

3. La identidad del laico: más allá de tipologías reductivas

Estas tentaciones han podido influir, a lo largo de posconcilio, en la vida de la Iglesia, no sólo a nivel teórico, sino también a nivel práctico. Ambas son caricaturas de la verdadera identidad laical, como unas tipologías reductivas de la misma. Por ello, si hoy queremos suscitar una real y profunda promoción de los laicos en nuestras Iglesias y comunidades cristianas, el mejor camino, la guía más segura y el estímulo más incisivo que hemos de seguir, es ahondar en su identidad eclesial, tal como ha sido definida por el Magisterio eclesial, especialmente por el concilio Vaticano II y profundizada más tarde por la exhortación *Christifideles laici*. El desafío de hoy lo explicó acertadamente el Papa Juan Pablo II, al considerar que éste consiste en «lograr que la espléndida “teoría” sobre el laicado expresada por el Concilio llegue a ser una auténtica “praxis” eclesial» (ChL 2). Uno y otro documento responden perfectamente a dos preguntas básicas: ¿quién es el laico? (*Lumen gentium*) y ¿qué espera la Iglesia de él hoy? (*Christifideles laici*).

3.1 ¿Quién es el laico?

La definición de la identidad del laico en la Iglesia y de su función en el mundo fue una de las enseñanzas centrales del concilio Vaticano II. Ha sido éste el primer concilio en la historia de la Iglesia que ha tratado de forma directa y con amplitud la realidad teológica y pastoral de los laicos. Al laico, el concilio le ha dedicado un puesto privilegiado, dedicándole un capítulo dogmático y pastoral, que resulta irremplazable en la autorreflexión y autocomprensión de la propia Iglesia⁸.

8 Nos referimos al capítulo IV de la Constitución *Lumen Gentium*. Y junto a este documento “central” del concilio, habríamos de mencionar expresamente, el Decreto sobre los laicos *Apostolicam actuositatem* (AA). Sin olvidar los documentos como el Decreto sobre las misiones *Ad gentes* (AG), o la Constitución pastoral *Gaudium et spes* (GS) donde, aunque no desde perspectiva doctrinal ni de forma expresa y directa, sino desde una perspectiva más operativa, afrontó temas y ámbitos donde los laicos tienen que desenvolver su compromiso cristiano. Así, por ejemplo, la segunda parte de GS trata: matrimonio/familia, cultura, vida económica-social y política, construcción de la paz...

«Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y de los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto, incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios, y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde.

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. (...) A los laicos corresponde, por propia vocación, buscar el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. (...) De manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente unidos, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor» (LG 31).

A la hora de definir la identidad del laico, el concilio no lo hace sólo negativamente, es decir, distinguiéndolo de los demás estados de vida, el clérigo o el religioso; sino *positivamente*, a la luz de la misma identidad cristiana. Del mismo modo que la "identidad cristiana" viene conformada por tres referencias inseparables, así se configura la "identidad del laico" desde estas tres referencias imprescindibles, a saber: Jesucristo, la Iglesia y el mundo.

1.- **CRISTO:** «*fieles que, en cuanto, incorporados a Cristo por el bautismo...*». Jesucristo, su vida y su persona, son referencia obligada para toda forma de vida cristiana. Seguir a Jesucristo es el compromiso primero y fundamental de todo bautizado. Y por tanto, existe una sola y única vocación cristiana a partir de un solo y mismo bautismo, que se vive en formas peculiares (ministerio ordenado, religiosos, laicos...) y que son iguales en dignidad y complementarias entre sí.

2.- **IGLESIA:** *«integrados al Pueblo de Dios, y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo...»*. La comunidad eclesial es esencial para conformar la identidad cristiana. Sólo es posible seguir a Jesucristo insertos en su cuerpo que es la Iglesia. Ella es el pueblo de Dios que fundamenta en el Bautismo y en la Confirmación (no en el Orden sacerdotal) los derechos y deberes de todos los miembros. No hay cristianos por libre: amar, creer y esperar 'cristianamente' sólo puede hacerse en comunidad.

3.- **EL MUNDO:** *«El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... a ellos corresponde buscar el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios...»*. El mundo, como realidad creada, es el "hábitat" habitual del hombre. El hombre no es una realidad superpuesta superficialmente en el mundo, sino que está profundamente enraizado en él; el hombre forma parte del mundo, cuyos influjos positivos y negativos, no puede dejar de percibir. Es preciso que reafirmemos la profunda unidad existente entre el plan de Dios entre la obra de la creación y la obra de la redención. Necesitamos superar el binomio "sagrado-profano" porque el mundo está llamado a ser "santo en su profanidad"⁹. Desde esta perspectiva, la "mundanidad", la "secularidad", forma parte del ser cristiano. Es 'propia y peculiar' de los laicos, pero no exclusiva.

3.2 ¿Qué espera la Iglesia del laico hoy?

Como complemento y confirmación de la doctrina conciliar sobre la identidad del laico, apareció la exhortación apostólica *Christifideles laici* (1988), del Papa Juan Pablo II, en la que recoge y presenta los trabajos del Sínodo de Obispos de 1987 sobre «Los laicos en la Iglesia».

⁹ Lo profano, convirtiéndose en "sagrado", deja de ser profano; lo "profano", haciéndose "santo" continúa siendo "profano", Cf. M.-D. Chenu, «Los laicos y la "consacratio mundi"»: en G. Barauna, *La Iglesia del Vaticano II*, II, Barcelona 1966, 1003.

La exhortación se estructura alrededor de la parábola narrado por el evangelio de Mateo, según la cual: «el Reino de los cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña...» (Mt 20,1-2). Esa parábola conduce de forma natural a extender la mirada, por una parte, por la inmensa mies que constituye, hoy todavía, la 'viña del Señor'; y, por otra, por «la multitud de personas, hombres y mujeres, que son llamadas por Él y enviadas para que tengan trabajo en ella». (ChL 1). Para la exhortación, los fieles laicos pertenecen al Pueblo de Dios representados en aquellos obreros de la viña que, llamados a distintas horas por el propietario, son enviados a trabajar.

—«Id también vosotros»: «también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión a favor de la Iglesia y de mundo» (ChL 2).

—«Id también vosotros a *mi* viña»: «La imagen de la viña se usa en la Biblia de muchas maneras y con significados diversos: de modo particular, sirve para expresar el *misterio del Pueblo de Dios*. Desde el punto de vista más interior, los fieles laicos no son simplemente los obreros que trabajan en la viña, sino que forman parte de la viña misma: “Yo soy la vid; vosotros los sarmientos” (Jn 15,5), dice Jesús» (ChL 8).

En la misma senda que ya trazó el concilio, para la exhortación, la identidad del laico corre pareja a la identidad de la Iglesia. «Sólo *dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la “identidad” de los fieles laicos*» (ChL 8). La identidad del laico no es primariamente ni una identidad 'sociológica' (la mirada del mundo sobre los cristianos, cómo nos ve el mundo); ni 'psicológica' (la mirada sobre nosotros mismos; cómo nos percibimos nosotros en el mundo): la identidad del laico es 'teológica' (la mirada de Dios a nosotros) es una identidad eclesial: como parte integrante del Pueblo de Dios.

En conclusión, sólo dentro de la Iglesia, entendida ésta como el misterio de comunión para la misión, podemos descubrir la identidad del laico y revitalizar su vocación y su misión. Sólo desde esta inserción viva en el organismo de la “viña del Señor”, el laico, como sarmiento fecundo, dará mucho fruto, y su vida será esperanza del mundo y de la Iglesia. Por eso, ahora, de la mano de la exhortación apostólica *Christifideles laici* vamos a dibujar el perfil del cristiano laico desde tres claves:

- el cristiano laico en el corazón del misterio (dignidad del fiel laico desde su conformidad con Cristo),
- el cristiano laico en el corazón de la Iglesia (participación y corresponsabilidad del fiel laico en la Iglesia),
- el cristiano laico en el corazón del mundo (misión y tarea del fiel laico en el mundo).



Edificados en Cristo *Haced la voluntad del Padre*

Tema de Formación 2º *Los laicos en el corazón del misterio de Dios*



Los laicos en el corazón del misterio de Dios

Esta segunda catequesis perfila la identidad del fiel laico desde el misterio de la Iglesia: éste forma parte del único pueblo de Dios (eclesialidad) en virtud de la novedad cristiana procedente del Bautismo (sacramentalidad) y de su inserción, peculiar y propia, en el mundo (secularidad). Su identidad está por tanto en el «corazón» del misterio cristiano, tiene el «sello» ineludible de la Trinidad. Sólo desde esta raíz profunda podemos describir su existencia y su comportamiento en la Iglesia y en el mundo. El fiel laico es así un sarmiento fecundo injertado en la vid, que es Cristo; es además una cepa frondosa de la Viña elegida, que es la Iglesia; y, por último, es también sal y luz del mundo. Esta catequesis pretende por tanto que cada fiel laico descubra gozosamente su identidad desde Dios y se asombre de su dignidad ante Él.

La Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* del concilio Vaticano II nos da una visión de la Iglesia como misterio¹. Al aplicarle esta noción no se quiere decir que ella sea algo incomprensible, difícil de captar. Quiere decir que ésta no es una obra terrena, sino que tiene un principio eterno: su origen es la misma vida de amor de la Santísima Trinidad.

¹ Así se titula el primer capítulo de ella: *el misterio de la Iglesia*.

La Iglesia tiene su origen en el proyecto del Padre, destinado a realizarse en la historia mediante la encarnación de su Hijo y el envío del Espíritu Santo, y consiste en que todos los hombres participen de la misma comunión del Padre, Hijo y Espíritu Santo y, en esa comunión, se lleve a cabo la unidad de toda la humanidad. La Iglesia se sabe así portadora de la salvación de Cristo, de la luz que proviene de él². Ésta no concentra la atención sobre sí misma, sino que es cristocéntrica, es decir, se centra sobre el misterio de Jesucristo, recibe su luz del mismo Señor.

Esto significa que «todas las enseñanzas del Concilio sobre el misterio de la Iglesia están marcadas con el “sello de la Trinidad”. La naturaleza íntima de la Iglesia encuentra en el misterio trinitario sus orígenes eternos, su forma ejemplar y su finalidad»³. O como dice otro teólogo: «La Trinidad es el origen, la forma y la patria de la unidad eclesial, la fuente de donde ésta nace, la imagen en donde se inspira y la meta hacia la que se dirige en el camino del tiempo»⁴. La Trinidad es —en palabras de san Jerónimo— «la triple fuente de la Iglesia»⁵. La Iglesia, pues, nace del misterio de Dios.

1. El laico, sarmiento fecundo en la vid que es Cristo

La vocación del laico también hunde sus orígenes en el misterio trinitario de Dios. Tal vez, este aspecto, siendo el más importante para la vida de los laicos, sea a la vez el más desconocido. No podemos dar por supuesto lo que significa, para la existencia del fiel laico, que su vocación se origine dentro del «corazón» del misterio. «¿No pedía Jesús a los discípulos que lo habían seguido que permanecieran constantemente unidos a Él y en Él, y que dejaran irrumpir en su mente y en su corazón su mismo impulso de vida? “Permaneced en mí, como yo en vosotros... Sin mí no podéis

2 Eso significa el título de la Constitución: *Lumen Gentium* (la luz de las gentes) es el mismo Cristo que refleja esa luz en la Iglesia.

3 M. Philipon, «La Santísima Trinidad y la Iglesia»: en G. Barauna (ed.), *La Iglesia del Vaticano II*, I, Barcelona 1966, 341.

4 B. Forte, *La Iglesia de la Trinidad*, Salamanca 1996, 72.

5 San Jerónimo, *In Psalm 41 ad Neophitos* (CCL 78, 542-543).

hacer nada” (Jn 15,4-5). La verdadera fecundidad de los laicos, como la de los sacerdotes, depende de su unión con Cristo»⁶.

Sólo desde su unión vital con Jesucristo, el laico es un sarmiento fecundo en la vida de la Iglesia y del mundo. Ello requiere conocer mejor la raíz y el presupuesto de esta inserción fecunda; esto es, su dignidad de bautizados:

«Según la imagen bíblica de la viña, los fieles laicos —al igual que todos los miembros de la Iglesia— son sarmientos fecundos radicados en Cristo, la verdadera vid, convertidos por Él en una realidad viva y vivificante» (ChL 9). Es la inserción en Cristo por medio de la fe y de los sacramentos de la iniciación cristiana, la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, la que constituye su más profunda “fisonomía”, la que está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos. En Cristo Jesús, muerto y resucitado, el bautizado llega a ser una «nueva creación» (Gál 6,15; 2 Cor 5,17), una creación purificada del pecado y vivificada por la gracia. De este modo, sólo captando la misteriosa riqueza que Dios dona al cristiano en el santo Bautismo es posible delinear la “figura” del fiel laico» (ChL 9).

2. El perfil bautismal del fiel laico

«No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios» (ChL 10).

6 San Juan Pablo II, *Audiencia general* (10 noviembre 1993).

El bautismo, sacramento del inicio de la vida cristiana, no es un suceso que queda en el pasado, sino que siempre es actual para el cristiano. De él ha recibido la vida sobrenatural y por él se sostiene siempre en esa vida. Ese es el sentido de su “radical novedad” que todos, de un modo especial, hemos de conocer. En efecto, el bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios, nos une a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia; nos unge en el Espíritu Santo constituyéndonos en templos espirituales. En definitiva, configura la “imagen” trinitaria de Dios en la existencia de todo fiel cristiano:

—*Hijos en el Hijo*: por el santo Bautismo somos hechos hijos de Dios en su Unigénito Hijo, Cristo Jesús. Al salir de las aguas de la sagrada fuente, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto, llegando a ser hijo adoptivo (cf. Gál 4,4-7) y hermano de Cristo. Se cumple así en la historia de cada uno el eterno designio del Padre: “a los que de antemano conoció, también los predestino a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos” (cf. Rom 8,29).

—*Miembros de un solo cuerpo en Cristo*: regenerados como hijos queridos del Padre en el bautismo, los bautizados son inseparablemente *miembros de Cristo* y *miembros del cuerpo de la Iglesia*. Y es que el Bautismo significa y reproduce una incorporación mística pero real al cuerpo crucificado y glorioso de Jesús. Mediante este sacramento, Jesús une al bautizado con su muerte para unirlo a su resurrección (cf. Rom 6,3-5); lo despoja del “hombre viejo” y lo reviste del “hombre nuevo”, es decir, de Sí mismo: «Todos los que habéis sido bautizados en Cristo —proclama el apóstol Pablo— os habéis revestido de Cristo» (Gál 3,27; cf. Ef 4,22-24; Col 3,9-10). De ello resulta que «nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12,5). En todas estas palabras del apóstol Pablo encontramos el eco fiel de las enseñanzas del mismo Jesús, que nos ha revelado la misteriosa unidad de los discípulos con Él y entre sí, presentándola como imagen y prolongación de

aquella primigenia comunión que une el Padre al Hijo y el Hijo al Padre en el vínculo amoroso del Espíritu (cf Jn 17,21). Es la misma unidad de la que habla Jesús con la imagen de la vid y los sarmientos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15,5).

—*Templos vivos y santos del Espíritu*: en el bautismo, el Espíritu Santo “unge” al bautizado, le imprime su sello imborrable (cf. 2 Cor 1,21-22) y los constituye en templo espiritual. De ese modo, utilizando otra imagen —aquella del edificio— del apóstol Pedro, el bautizado como “piedras vivas”, cimentadas en Cristo, la “piedra angular”, se integra en la “construcción de un edificio espiritual” (1 Pe 2,5ss). Con esta “unción” espiritual, el cristiano puede, a su modo, repetir las palabras de Jesús: «El Espíritu del Señor esta sobre mí: por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2). Así, de este modo, mediante la efusión bautismal y crismal, el bautizado participa en la misma misión de Jesús el Cristo, el Mesías Salvador.

3. Los laicos, partícipes de la misión salvadora de Cristo

Es lo que significan las palabras de la oración sobre el recién bautizado cuando es ungido con el santo crisma: «Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha liberado del pecado y dado nueva vida por el agua y el Espíritu Santo, te consagre con el crisma de la salvación para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey»⁷. He aquí un nuevo aspecto de la gracia y de la dignidad bautismal: los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio —sacerdotal, profético y real— de Jesucristo.

—*El oficio sacerdotal*: por el que Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la Cruz y se ofrece continuamente en la celebración de la eucaristía por

7 Ritual del Bautismo de niños, *Unción con el Santo Crisma* 154, 71.

la salvación de la humanidad para la gloria del Padre. Incorporados a Jesucristo, los bautizados están unidos a Él y a su sacrificio en el ofrecimiento de sí mismos y de todas sus actividades (cf. Rom 12,1-2). El objeto de su consagración sacerdotal es la vida entera que, unida al sacrificio de la eucaristía, se convierte en sacrificio agradable al Padre por Jesucristo: «Todas las obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 Pe 2,5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo» (LG 34).

—*El oficio profético*: por el que el mismo Cristo, que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de vida y con el poder de la palabra, habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Para el desempeño de esta tarea, los fieles laicos, por su unión con Cristo, el «gran Profeta» (cf. Lc 7,16), son hechos partícipes tanto del “sentido sobrenatural de la fe de la Iglesia”⁸, como de la “gracia de la palabra” (cf. Hch 2,17-

8 Este especial sentido consiste en lo que san Pablo llama “el sentido de Cristo” (1 Cor 2,16), “los ojos iluminados del corazón” (Ef 1,18; cf. Flp 1,9; Jn 14,17; 16, 13); “la inteligencia espiritual” (Col 1,19). El sentido de la fe es la capacidad que tiene el Pueblo santo de Dios de percibir el sentido y el valor de todo lo que es objeto de fe. «La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (cf. 1 Jn 2,10.27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres» (LG 12). «En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El Pueblo de Dios es santo por esta unión que lo hace *infallible “in credendo”*. Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El Espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un instinto de la fe —el *sensus fidei*— que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captar intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión» (Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 119).

18; Ap 19,10). De igual modo, ellos también son profetas, cuando resplandece la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social.

—*El oficio real*: por su pertenencia a Cristo, Rey y Señor del universo, los laicos son llamados por Él para servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia. Viven la realeza cristiana, antes que nada, mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado (cf. Rom 6,12); y después en la propia entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños (cf. Mt 25,40).

4. La condición específica (carismática) de los fieles laicos: la «índole secular» de su existencia.

La identidad eclesial de los fieles laicos se encuentra perfectamente definida no sólo por la *novedad cristiana* que procede del Bautismo, sino también viene caracterizada por su condición en el mundo, esto es, por su *índole secular*.

En efecto, la dignidad bautismal es el fundamento y el título de la igualdad de todos los bautizados en Cristo, de todos los miembros del Pueblo de Dios: «común es la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de hijos, común la vocación a la perfección, una sola salvación, una sola esperanza e indivisa caridad» (LG 32). Pero la común dignidad bautismal asume en el fiel laico *una modalidad que lo distingue, sin separarlo*, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El concilio Vaticano II ha señalado esta modalidad en la índole secular: «El carácter secular es propio y peculiar de los laicos» (LG 31).

En el fondo, esta índole secular, peculiar del fiel laico, es una propiedad que pertenece a toda la Iglesia. Como enseñaba Pablo VI, la Iglesia «tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio

del Verbo encarnado, y se realiza de formas diversas en todos sus miembros»⁹. Ciertamente, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de la dimensión secular; pero lo son de *formas diversas*. En particular, la participación de los fieles laicos tiene una modalidad propia de actuación y de función, que, según el concilio, es “propia y peculiar” de ellos. Tal modalidad se designa con la expresión “índole secular”.

Esta índole secular, que configura la vocación del laico, se define no solamente en sentido sociológico, sino sobre todo en sentido teológico. El carácter secular debe ser entendido como el lugar en que le es dirigida la llamada de Dios. Los laicos son llamados por Dios “en el mundo”. Se trata de un “lugar” que se concibe en términos dinámicos: los fieles laicos «viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida» (LG 31). Ellos son personas que viven una vida normal en el mundo, estudian, trabajan, entablan relaciones de amistad, sociales, profesionales, culturales, etc.. Esta condición secular, por tanto, no puede ser considerada como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad que imita el modo de vida del que Jesucristo participó: «el mismo Verbo encarnado quiso participar de la convivencia humana (...) Santificó los vínculos humanos, en primer lugar, los familiares, donde tienen su origen las relaciones sociales, sometién dose voluntariamente a las leyes de su patria. Quiso llevar la vida de un trabajador de su tiempo y de su región» (GS 32).

De este modo, el “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. Los laicos no han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo. El Bautismo no los quita del mundo: los fieles laicos «son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la

9 San Pablo VI, *Discurso a los miembros de los Institutos Seculares* (2 febrero 1972).

santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad» (LG 31).

«Las imágenes evangélicas de la sal, de la luz y de la levadura aunque se refieren indistintamente a todos los discípulos de Jesús, tienen también una aplicación específica a los fieles laicos. Se trata de imágenes espléndidamente significativas, porque no sólo expresan la plena participación y la profunda inserción de los fieles laicos en la tierra, en el mundo, en la comunidad humana; sino que también, y sobre todo, expresan la novedad y la originalidad de esta inserción y de esta participación, destinadas como están a la difusión del Evangelio que salva» (ChL 15).

5. Los fieles laicos, llamados a la santidad

«La dignidad de los fieles laicos se nos revela en plenitud cuando consideramos esa *primera y fundamental vocación*, que el Padre dirige a todos ellos en Jesucristo por medio del Espíritu: la vocación a la santidad, o sea, a la perfección de la caridad. El santo es el testimonio más espléndido de la dignidad conferida al discípulo de Cristo» (ChL 16).

Esta llamada de Dios —tal como la planteó el propio concilio Vaticano II¹⁰— no es una simple ideal moral, sino una insuprimible exigencia del misterio de la Iglesia. Ella, decimos en el Credo, es santa: ella es la Viña elegida, por medio de la cual los sarmientos viven y crecen con la misma linfa santa y santificante de Cristo; es el Cuerpo místico, cuyos miembros participan de la misma vida de santidad de su Cabeza, que es Cristo; es la Esposa amada del

10 Esta llamada a la santidad ha sido la consigna fundamental confiada a todos los hijos e hijas de la Iglesia, por un Concilio convocado para la renovación evangélica de la vida cristiana. A esta llamada se destina todo el cap. V de la Lumen Gentium, titulado: «La universal vocación a la santidad en la Iglesia» (cf. LG 39-42).

Señor Jesús, por quien Él se ha entregado para santificarla (cf. Ef 5,25ss). «Puesto que la Iglesia es en Cristo un misterio, debe ser considerada como signo e instrumento de santidad (...)»¹¹. «La santidad es el rostro más bello de la Iglesia»¹².

Además, los santos y las santas han sido siempre los que mejor han comprendido y vivido el Evangelio. Han sido siempre fuente y origen de renovación de la Iglesia en las circunstancias más difíciles. Hoy, precisamente por las dificultades que atraviesa el anuncio del Evangelio en el mundo, tenemos gran necesidad de santos. «Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada»¹³. Es urgente, por tanto, hoy más que nunca, que todos los cristianos volvamos a emprender el camino de renovación evangélica que nos propuso el Concilio: «todos los fieles de cualquier estado y condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40), «todos los fieles están invitados y deben tender a la santidad y a la perfección en el propio estado» (LG 42). Esta santidad, por tanto, es una llamada universal: alcanza a todos los bautizados.

Esta santidad tiene unos fundamentos y unos medios. La vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo¹⁴ y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía. Mediante los sacramentos, los cristianos son “santos” y por ello mismo capacitados y comprometidos a manifestar la santidad de su *ser* en la santidad de todo su *obrar*. El apóstol Pablo no se cansa de amonestar a todos los cristianos para que vivan «como conviene a los santos» (Ef 5,3). Esta vida, dirigida y orientada por el Espíritu, suscita y exige de todos y cada uno de los bautizados el seguimiento y la imitación de Jesucristo, a través

11 II Asamblea General Extraordinaria Sínodo de los Obispos, *Ecclesia sub Verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi. Relatio finalis* II, A, 4.

12 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 9.

13 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 1.

14 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 15: «Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad».

de diversos medios: por la recepción de las bienaventuranzas, en el escuchar y meditar la Palabra de Dios, en la participación consciente y activa en la vida litúrgica y comunitaria, en el hambre y sed de la justicia, en el llevar a la práctica el mandamiento de amor en todas las circunstancias de la vida y en el servicio a los hermanos, especialmente si se trata de los más pequeños, de los pobres y de los que sufren.

También los fieles laicos están llamados a la santidad. «Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentre»¹⁵. Volviendo de nuevo a la imagen bíblica hay que advertir que su brotar y su expandirse como sarmientos depende de su inserción en la vid: «lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 4-5).

La fecundidad de la existencia, según el Espíritu, del fiel laico implica que la viva en plenitud y se exprese particularmente allí donde Dios le ha llamado: en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades temporales. Nada de lo que influye en su vida y en su actividad ha de estar lejano a su fe. «Ni la atención a la familia, ni los otros deberes seculares deben ser algo ajeno a la orientación espiritual de la vida» (AA 4). Ellos tienen el deber de santificar su vida profesional y social ordinaria.

Además, esta vocación a la santidad ha de ser considerado por los fieles laicos, «antes que, como una obligación exigente e

15 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 14.

irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad» (ChL 17). Tal vocación constituye un elemento esencial e inseparable de la nueva vida bautismal y, en consecuencia, una condición constitutiva de su identidad y dignidad.

Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiada a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. La vida de santidad en la Iglesia, representa ya la aportación primera y fundamental a la edificación de la misma Iglesia en cuanto comunidad santa («comunidad de los santos»). Por tanto, el fiel laico ha de considerar que su santidad es el secreto manantial y la mejor aportación de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero.

«Al final de estas reflexiones, dirigidas a definir la condición eclesial del fiel laico, retorna a la mente la célebre exhortación de San León Magno: "Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam" (Conoce, oh cristiano, tu dignidad). Es la misma admonición que San Máximo, obispo de Turín, dirigió a quienes habían recibido la unción del santo bautismo: "¡Considerad el honor que se os hace en este misterio!". Todos los bautizados están invitados a escuchar de nuevo las palabras de San Agustín: "¡Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo (...) Pasmaos y alegraos: hemos sido hechos Cristo!"» (ChL 17).

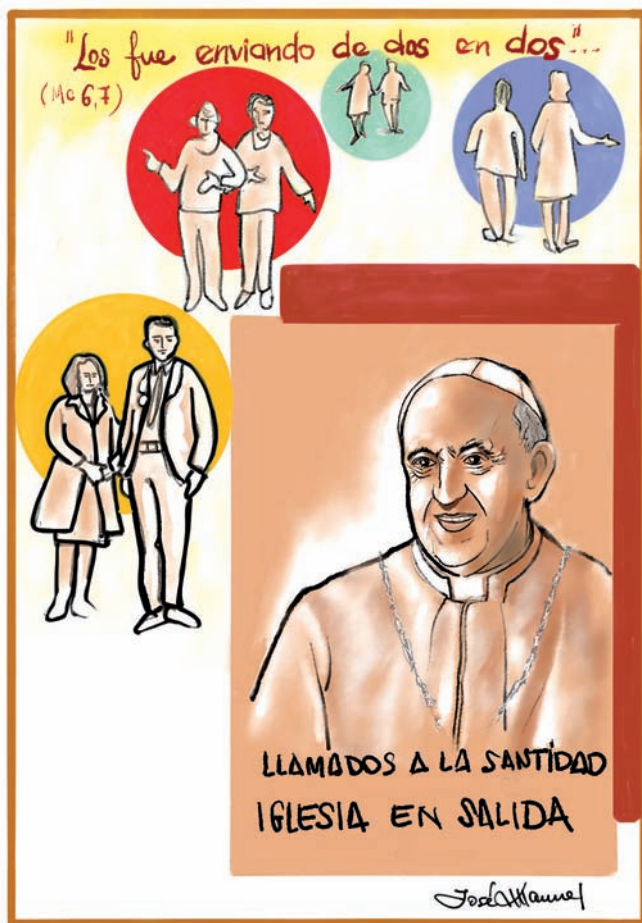


Edificados en Cristo

Haced la voluntad del Padre

Tema de Formación 3º

Los laicos en el corazón de la Iglesia



Los laicos en el corazón de la Iglesia

Esta tercera catequesis explica la pertenencia eclesial de los laicos. «Los laicos no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son la Iglesia» (Pío XII). Esto significa que la Iglesia no está plenamente construida si, junto a los obispos, sacerdotes y religiosos, no existe un laicado adulto y responsable¹. Su pertenencia a la Iglesia, que proviene de su unión con Cristo por la fe y los sacramentos, manifiesta que ésta es un misterio de comunión, donde la diversidad de miembros, está en función de la complementariedad y la unidad. Al igual que la Iglesia es comunión, de mismo modo el laico es persona de comunión. Él expresa su participación en la Iglesia a través de ministerios y carismas particulares por los que vive corresponsablemente la misión de la Iglesia, en ámbitos concretos y en diversas formas de apostolado.

Después de haber delineado la «figura» de los fieles laicos en el marco de la dignidad que le es propia, vamos a reflexionar ahora sobre su misión y responsabilidad en la Iglesia y en el mundo. Sin embargo, sólo podremos comprenderlas adecuadamente si nos situamos en el contexto vivo de la Iglesia como comunión.

Por ello, para dar este nuevo paso, vamos a seguir profundizando en la alegoría joánica de la vida y los sarmientos, en la que se describe

1 Cf. Conferencia Episcopal Española, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 24.

la maravillosa unidad de todos los fieles en Cristo. «Permaneced en mí, y yo en vosotros» (cf. Jn 15,1-4). Con esas sencillas palabras se nos revela la misteriosa comunión que vincula en unidad al Señor con los discípulos, a Cristo con los bautizados; una comunión viva y vivificante, por la cual los cristianos, ya no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid. Jesús continúa: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15,5). La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única Vid, que es Cristo. El Señor Jesús nos indica que esta comunión fraterna es el reflejo maravilloso y la misteriosa participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por ella Jesús pide: «Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17,21).

1. Cristianos laicos en una Iglesia comunión

La Iglesia es un misterio de comunión. Como explicaría san Pablo VI, recién concluido el concilio: «¿Qué quiere decir en este caso comunión? Nos remitimos al parágrafo del catecismo que habla sobre la *sanctorum communionem*, la comunión de los santos. Iglesia quiere decir comunión de los santos. Y comunión de los santos quiere decir una doble participación vital: la incorporación de los cristianos a la vida de Cristo, y la circulación de una idéntica caridad en todos los fieles, en este y en el otro mundo. Unión a Cristo y en Cristo; y unión entre los cristianos dentro de la Iglesia»².

Diversas son las imágenes bíblicas de las que el mismo concilio ha querido servirse para describir este misterio de comunión de la Iglesia: del rebaño, de la vid, del edificio espiritual, de la ciudad santa (cf. LG 6). Sobre todo, es la imagen del “cuerpo” tal y como la presenta el apóstol San Pablo, cuya doctrina tiene un protagonismo decisivo en muchas páginas del concilio (cf. LG 7).

2 San Pablo VI, *Audiencia general* (8 junio 1966).

Este, a su vez, inicia considerando la entera historia de la salvación, y vuelve a presentar la Iglesia como “Pueblo de Dios”: «Ha querido Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y sin ninguna conexión entre ellos, sino constituyendo con ellos un pueblo que lo reconociese en la verdad y le sirviera santamente» (LG 9). Ya en sus primeras líneas, la constitución *Lumen Gentium* compendia maravillosamente esta doctrina diciendo: «La Iglesia es en Cristo como un *sacramento*, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

La realidad de la Iglesia-Comunión es entonces parte integrante, más aún, representa el contenido central del “misterio”, o sea, del designio divino de la salvación de la humanidad. Por esto la comunión eclesial no puede ser captada adecuadamente cuando se la entiende como una simple realidad sociológica y psicológica. La Iglesia-Comunión es el pueblo “nuevo”, el pueblo “mesiánico”, el pueblo que «tiene a Cristo por Cabeza (...) como condición de dignidad y libertad de los hijos de Dios (...) por ley el nuevo precepto de amar como el mismo Cristo nos ha amado (...) por fin el Reino de Dios (...) (y es) constituido por Cristo en comunión de vida, de caridad y de verdad» (LG 9). Los vínculos que unen a los miembros del nuevo Pueblo entre sí —y antes aún, con Cristo— no son aquellos de la “carne” y de la “sangre”, sino aquellos del espíritu; más precisamente, aquellos del Espíritu Santo, que reciben todos los bautizados (cf Jn 3,1).

La Iglesia, entendida como comunión, es la idea central que, en el concilio Vaticano II, la Iglesia ha vuelto a proponer de sí misma. «La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos del Concilio. La *koinonia*-comunión, fundada en la Sagrada Escritura, ha sido muy apreciada en la Iglesia antigua, y en las Iglesias orientales hasta nuestros días. Por esto el Concilio Vaticano II ha realizado un gran esfuerzo para que la Iglesia en cuanto comunión fuese comprendida con mayor claridad y concretamente traducida en la vida práctica»³.

3 II Asamblea General Extraordinaria Sínodo de Obispos (1985), *Ecclesia sub Verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi. Relatio finalis*, II, C, 1.

El concilio alentó —como expresó Juan Pablo II— a hacer de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión». Por ello, el misterio de comunión de la Iglesia se ha de traducir en una concreta «espiritualidad de comunión», como la trazó ya Juan Pablo II:

«Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Gál 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento»⁴.

2. Comunión orgánica: diversidad y complementariedad

La comunión eclesial, entendida desde su hontanar trinitario, se configura en la historia, precisamente, como comunión “orgánica”, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, la comunión eclesial se caracteriza por la simultánea presencia de la diversidad

4 San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 43

y de la complementariedad de las vocaciones y las condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación.

A la hora de fundamentar esta verdad, el concilio ha recurrido a las enseñanzas del apóstol Pablo sobre la organicidad del cuerpo de Cristo. Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque numerosos, forman un solo cuerpo, así también los fieles en Cristo (cf. 1 Cor 12,12). También en la edificación del cuerpo de Cristo rige la diversidad de miembros y funciones. Uno es el Espíritu que, para la utilidad de la Iglesia, distribuye sus múltiples dones con magnificencia proporcionada a su riqueza y a las necesidades de los servicios (cf. 1 Cor 12,1-11).

Por otra parte, el Espíritu es el que articula la unidad de este organismo que es la Iglesia: «El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de la adopción filial (cf. Gál 4,6; Rom 8,15-16. 26). Él guía la Iglesia hacia la completa verdad (cf. Jn 16,13), la unifica en la comunión y en el servicio, la instruye y la dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos, la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12; 1 Cor 12,4; Gál 5,22). Hace rejuvenecer la Iglesia con la fuerza del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la perfecta unión con el Esposo. Porque el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: “¡Ven!” (cf. Ap 22,17)» (LG 4).

«La comunión eclesial es, por tanto, un don; un gran don del Espíritu Santo, que los fieles laicos están llamados a acoger con gratitud y, al mismo tiempo, a vivir con profundo sentido de responsabilidad. El modo concreto de actuarlo es a través de la participación en la vida y en la misión de la Iglesia, a cuyo servicio los fieles laicos contribuyen con sus diversas y complementarias funciones y carismas». (ChL 20).

3. Los ministerios laicales

Vamos a considerar ahora el modo concreto de esta participación de los fieles laicos en la Iglesia comunión. Este modo de participación se realiza por medio de ministerios (funciones) y carismas que, teniendo su origen en el Espíritu Santo, Espíritu de unidad, tiene la finalidad de edificar la Iglesia para el cumplimiento de su misión salvadora en el mundo (cf. LG 4).

Todos estos ministerios, presentes y operantes en la Iglesia, si bien con diversas modalidades, son todos una participación en el ministerio de Jesucristo, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,11), el siervo humilde y totalmente sacrificado por la salvación de todos (cf. Mc 10,45). Pablo es completamente claro al hablar de esta constitución ministerial de las primeras Iglesias apostólicas: «A cada uno de nosotros nos ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo (...). Es Él quien, por una parte, ha dado apóstoles; por otra, a los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros, para hacer idóneos los hermanos para la realización del ministerio, con el fin de edificar el cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, según la medida que corresponde a la plena madurez de Cristo» (Ef 4,7.11-13; cf. Rom 12,4-8). En el Nuevo Testamento, son múltiples y diversos los ministerios, como también los dones y tareas eclesiales.

En la Iglesia se pueden encontrar ministerios ordenados, que derivan del sacramento del Orden (obispos, presbíteros y diáconos). Los ministerios ordenados —antes que para las personas que los reciben— son una gracia para la Iglesia entera. Expresan y llevan a cabo una participación en el sacerdocio de Jesucristo que es distinta, no sólo por grado, sino por esencia, de la participación otorgada con el Bautismo y con la Confirmación a todos los fieles. Por otra parte, el sacerdocio ministerial, como ha recordado el concilio Vaticano II, está esencialmente orientado al sacerdocio real de todos los fieles (cf. LG 10).

Pero la misión salvífica de la Iglesia en el mundo es llevada a cabo no sólo por los ministros en virtud del sacramento del orden (*ministerios ordenados*), sino también por los de todos los fieles laicos (*ministerios laicales*). En efecto, éstos, «tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación, y para muchos de ellos, además en el matrimonio» (ChL 23). «Esta última observación es muy valiosa, especialmente para los esposos y padres que están llamados a desempeñar un apostolado cristiano también y de manera especial en el interior de las familias»⁵. La misma exhortación apostólica advierte que «los pastores han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos» (ChL 23). «Un pastor de almas no puede pretender hacerlo todo en la comunidad que se le ha confiado. Debe de valorizar al máximo la acción de los laicos, con sincera estima hacia su competencia y su disponibilidad. Si es verdad que un laico no puede sustituir a un pastor en los ministerios que requieren los poderes conferidos por el sacramento del orden, también es verdad que el pastor no puede sustituir a los laicos en los campos donde éstos son más competentes que ellos»⁶.

A este respecto, conviene tener presente lo que establece el *Código de Derecho Canónico*, según el cual: «donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros, pueden también los laicos, aunque no sean lectores ni acólitos, suplirles en algunas de sus funciones»⁷. Pero como advierte la exhortación apostólica, «el ejercicio de estas tareas no hace del fiel laico un pastor»; «tiene su legitimación —formal e inmediatamente— en el encargo oficial hecho por los pastores, y depende, en su concreto ejercicio, de la dirección de la autoridad eclesiástica» (ChL 23).

5 San Juan Pablo II, *Audiencia general* (2 marzo 1994).

6 San Juan Pablo II, *Audiencia general* (2 marzo 1994).

7 *Código de Derecho Canónico*, c. 230 § 3. Las funciones que señala son: ejercitar el ministerio de la palabra, presidir oraciones litúrgicas, administrar el bautismo y dar la sagrada Comunión.

Por eso, la acción de los laicos no se limita a suplir a los sacerdotes “en situaciones de emergencia y de necesidades crónicas”. Hay campos de la vida eclesial, aparte de la liturgia, de la transmisión de la fe y de las estructuras pastorales de la Iglesia, que requiere la necesaria y específica participación activa del laicado. Como recuerda la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1976) de Pablo VI:

«El campo propio de su actividad evangelizadora es el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento. Cuantos más laicos hay compenetrados con espíritu evangélico, responsables de estas realidades y explícitamente comprometidos en ellas, competentes en su promoción y conscientes de tener que desarrollar toda su capacidad cristiana, a menudo ocultada y sofocada, tanto más se encontrarán estas realidades al servicio del Reino de Dios —y por tanto, de la salvación en Jesucristo—, sin perder ni sacrificar nada de su coeficiente humano, sino manifestando una dimensión trascendente a menudo desconocida» (EN 70).

4. Los dones y carismas laicales

A parte de los ministerios laicales, que brotan y emergen de la dimensión sacramental de la vida laical (del bautismo, la confirmación y, para muchos, el matrimonio), el Espíritu Santo, que distribuye a cada uno sus dones según su voluntad (cf. 1 Cor 12, 11), derrama en el pueblo de Dios una gran riqueza de gracias mediante la oración, la contemplación y la acción. *Son los carismas*. También los laicos son beneficiarios de estos carismas, especialmente con miras a su misión eclesial y social (cf. AA 3).

San Pablo había destacado la multiplicidad y variedad de los carismas en la Iglesia primitiva: algunos extraordinarios, característicos del comienzo de la vida de la Iglesia, como el don de realizar curaciones, el don de profecía o el don de lenguas; otros más sencillos, concedidos para el cumplimiento ordinario de las tareas encomendadas en la comunidad (cf. 1 Cor 12,7-10).

Los dones del Espíritu Santo exigen que, cuantos los han recibido, los ejerzan para el *crecimiento* de toda la Iglesia. Estos carismas, como obra que son del Espíritu, han de ser acogidos además *con gratitud*, tanto por parte de quien los recibe, como por parte de todos en la Iglesia. Son, en efecto, una singular riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y de santidad de la Iglesia. Pero, a la vez que es necesario su reconocimiento, también es necesario su *discernimiento*. Si bien es cierto que el Espíritu Santo sopla donde quiere, y no se ha de pretender imponerle condicionamientos, también es cierto que, la comunidad cristiana tiene derecho a que sus pastores le señalen la autenticidad de los carismas que son derramados, precisamente, para su edificación.

En el tiempo actual, no podemos por menos de admirar la gran riqueza de dones concedidos por el Espíritu Santo a los laicos como miembros de la Iglesia. Gracias a estos carismas, los fieles laicos actúan como buenos y veraces testigos de la fe y de la caridad, en medio de sus ambientes seculares. Es necesario por tanto que continúen abiertos a esta misteriosa pero real acción interior del Espíritu, mediante la cual, son habilitados y capacitados para asumir las funciones a las que están llamados para el bien del pueblo de Dios y la salvación del mundo.

5. Ámbitos de participación eclesial

Los cristianos laicos, según su vocación y con los carismas y dones recibidos por el Espíritu, transmiten el mensaje de salvación en los distintos sectores y ámbitos en los que están presentes. Entre

ellos cabe destacar aquellos específicamente eclesiales⁸:

1.- *La parroquia*. El primer campo de apostolado de los laicos dentro de la Iglesia es la *parroquia*. En este punto insistió el concilio en el decreto *Apostolicam actuositatem*, donde se lee: «La parroquia ofrece un modelo clarísimo de apostolado comunitario» (AA 10). También se dice allí que en la parroquia la acción de los laicos es necesario para que el apostolado de los pastores pueda lograr plenamente su eficacia. Los laicos pueden realizar una gran labor en la animación de la liturgia, en la catequesis, en las iniciativas pastorales y sociales, así como en los consejos de pastoral (cf. ChL 27). Contribuyen también indirectamente al apostolado con la ayuda que prestan a la administración parroquial. Es necesario que el sacerdote no se sienta solo, sino que pueda contar con la aportación de su competencia y con el apoyo de su solidaridad, comprensión y entrega generosa en los diversos sectores del servicio al reino de Dios. La parroquia, por tanto, gracias al compromiso de los laicos, pueden ser un estupendo tejido de evangelización, como dice el Papa Francisco: «La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. (...) Las parroquias todavía no han dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión»⁹.

2.- *La Diócesis*. El concilio señala un segundo círculo de necesidades, intereses, posibilidades, cuando recomienda a los laicos: «cultiven sin cesar el sentido de *diócesis*» (AA 10). En efecto, en la diócesis toma forma concreta la Iglesia local, que hace presente a la Iglesia universal. «Ella es el sujeto primario de la

8 Cf. San Juan Pablo II, *Audiencia general* (16 marzo 1994) en la que indicó los campos de apostolado de los laicos y su participación en la misión de la Iglesia.

9 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 28.

evangelización... Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro local. Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales»¹⁰. Para poder realizar esta misión es conveniente que los laicos estén llamados a colaborar en la iniciativas diocesanas, catequísticas, culturales y caritativas que la diócesis sostiene, promueve o suscita en favor de la evangelización. Es también significativa la contribución que pueden prestar mediante la participación en los consejos pastorales diocesanos, que el Sínodo de los obispos de 1987 recomendó crear como «la principal forma de colaboración y de diálogo, como también de discernimiento, a nivel diocesano» (ChL 25).

3.- *El valor del espíritu misionero.* En una esfera mas amplia, en la dimensión universal, y precisamente como miembros de la Iglesia Católica, los laicos deben de sentirse urgidos a su crecimiento (cf. ChL 28). Los laicos deberán considerarse una comunidad esencialmente misionera, no sólo hacia otras naciones, sino sobre todo a ese inmenso ámbito de personas y grupos, de ambientes y de estratos sociales, que —aún pudiendo estar bautizados— se sienten espiritualmente lejanos, agnósticos, indiferentes a la llamada de Cristo. «Los fieles laicos, debido a su participación en el oficio profético de Cristo, están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia» (ChL 34). Para cumplir esta misión, de auténticos operarios apostólicos, es indispensable una “constante actitud de salida misionera”¹¹, además de una adecuada preparación en la doctrina de la fe y en la metodología pastoral, que los laicos pueden adquirir también en los institutos de ciencias religiosas, en cursos específicos.

10 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 30.

11 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 27.

4.- *Las antiguas y nuevas formas de asociación laical.* También las cofradías, las compañías, las pías uniones, enriquecidas, donde sea preciso, con nuevo espíritu misionero, y los diversos movimientos que existen o florecen hoy en la Iglesia, ayudan a potenciar y estimular la necesaria evangelización que hoy necesitan grandes sectores específicos de la sociedad.

6. Formas de apostolado: personal y asociado

Todo cristiano está llamado al apostolado; todo laico está llamado a comprometerse personalmente en el testimonio, participando en la misión de la Iglesia. De ahí que el concilio Vaticano II, al dar un nuevo impulso al apostolado de los laicos, afirmará que la primera, fundamental e insustituible forma de contribuir a la edificación del cuerpo de Cristo es la que llevan a cabo *individualmente* los miembros de la Iglesia (cf. AA 16). Eso requiere, presupone e implica una convicción personal, que brota de la fe y del amor a la Iglesia. Quien cree y quiere ser Iglesia, debe de estar convencido de «la tarea original, insustituible e indelegable, que debe de llevar a cabo para el bien de todos» (ChL 28). La fidelidad de cada cual a su propia vocación es fuente de enriquecimiento para el mundo y para la Iglesia. Es preciso, por tanto, inculcar constantemente en los fieles la conciencia del deber de cooperar en la edificación de la Iglesia por medio de su apostolado individual.

Al mismo tiempo, los fieles laicos pueden y, en muchos casos, deben, buscar formas de apostolado comunitario que son expresión, tanto de la naturaleza asociativa de la persona como de la misma naturaleza y misión de la Iglesia. Esta manera de apostolado es «signo de comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo, quien dijo: "Donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20)» (AA 18). En nuestras sociedades fuertemente secularizadas se hace patente especialmente la necesidad de asociaciones y movimientos que alienten la presencia de los cristianos en el mundo. El concilio Vaticano II recomendó vivamente el asociacionismo de los fieles:

«En las circunstancias presentes es en absoluto necesario que en el ámbito de la cooperación de los seglares se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado, puesto que solamente la estrecha unión de las fuerzas puede conseguir todos los fines del apostolado moderno y proteger eficazmente sus bienes» (AA 18)¹².

Sin embargo, estas asociaciones han de procurar guiarse a través de unos claros *criterios de eclesialidad*, para salvaguardar la unidad y la comunión en la Iglesia (cf. ChL 30). Éstos son:

- la primacía concedida a la santidad y a la perfección de la caridad como finalidad de la vocación cristiana;
- el compromiso de profesar responsablemente la fe católica en comunión con el magisterio de la Iglesia,
- la participación en el fin apostólico de la Iglesia con un compromiso de presencia y de acción en la sociedad humana;
- el testimonio de comunión concretos con el Papa y con el propio obispo.

Lo importante es que, en cualquiera sea la asociación eclesial, reine siempre un espíritu de verdadera comunión, como pide el Papa Francisco: «A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: “En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que tengáis unos a otros” (Jn 13,35). Es lo que tanto pedía Jesús al Padre: “Que sean uno en nosotros [...] para el mundo crea” (Jn 17,21). ¡Atención a la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo

12 Cabe destacar, entre las formas de apostolado asociado, que el concilio cita expresamente la *Acción Católica* (cf. AA 20). A pesar de las diferentes formas que ha tomado en los diversos países y los cambios que se han producido en ella a lo largo del tiempo, estas organizaciones (conocidas por este nombre) tienen como fin la evangelización y la santificación del prójimo, la formación cristiana, la influencia en las costumbres y la animación religiosa de la sociedad, así como la animación misionera de las comunidades cristianas.

puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos»¹³.

A través de todos estos modos y formas de participación en la Iglesia se descubre que el fiel laico es una *persona de comunión*. El fiel laico «no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia. El Espíritu del Señor le confiere, como también a los demás, múltiples carismas; le invita a tomar parte en diferentes ministerios y encargos; le recuerda, como también recuerda a los otros en relación con él, que todo aquello que le distingue *no significa una mayor dignidad, sino una especial y complementaria habilitación para el servicio (...)*. De esta manera, los carismas, los ministerios, los encargos y los servicios del fiel laico existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas que se complementan entre sí en favor de todos, bajo la guía prudente de los Pastores» (ChL 20).

13 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 99.



Edificados en Cristo Haced la voluntad del Padre

Tema de Formación 4º Los laicos en el corazón del mundo



Los laicos en el corazón del mundo

Esta cuarta catequesis expone cuál es la misión y la tarea de los fieles laicos. Ellos no sólo han sido llamados “desde” el mundo, sino también “para” el mundo. De esa manera, colaboran al fin propio de la Iglesia, que es evangelizar. Ellos están llamados, de un modo particular, a ser los protagonistas activos de la “nueva evangelización”, capaz de llevar de nuevo al “corazón” del mundo y de la vida del hombre la alegría del Evangelio. Así es como ellos, en el pleno ejercicio de su actividad secular, orientan el mundo y transforman la historia hacia su meta última, Cristo, Señor del universo. La importancia de su compromiso es vital en muchos ámbitos seculares, irradiando en ellos la presencia salvadora del Resucitado.

La Iglesia es un misterio de comunión abierto a la *misión*. La Iglesia no vive para sí: está al servicio de reino de Dios¹. La Iglesia existe para evangelizar². En nuestros días, percibimos con particular intensidad la urgencia de anunciar de nuevo el Evangelio. Constatamos en nuestra sociedad una fuerte crisis de valores y una creciente distancia entre la fe cristiana y la cultura dominante. Reconocemos, por ello, con Juan Pablo II, que “ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización” (ChL 34). La Iglesia está llamada a afrontar una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría³.

1 San Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio*, 20.

2 San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14.

3 Cf. Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 1.

Esta misión es responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia. Cada cristiano, en virtud del bautismo, tiene la misión de transmitir el Evangelio, siendo testigo del Dios vivo. Desde la comunidad eclesial brota el impulso para la misión, que cada uno realiza de acuerdo con su propia vocación, según lo que san Pablo señala: «Dios ha asignado a cada uno un puesto en la Iglesia» (1 Cor 12,28).

«Los laicos incorporados a Cristo por el bautismo participan de la misión de la Iglesia y son ellos mismos misioneros»⁴. Los cristianos laicos tienen, en el seno de la comunidad eclesial, un papel insustituible en la tarea evangelizadora. Sólo ellos, en virtud de su índole secular de su vocación, pueden sembrar en todos los rincones del mundo la semilla de la Palabra. Precisamente, porque ellos están en el “corazón” del mundo, pueden transmitir a todos la alegría del Evangelio.

“Lo que el alma es en el cuerpo, eso mismo han de ser los cristianos en el mundo”. Con estas palabras, tomadas de la *carta a Diogneto*, concluye el capítulo cuarto de la Constitución *Lumen Gentium* en el que se trata de los laicos. Y “tan importante es el puesto que Dios les ha asignado del que no les es lícito desertar”, sigue diciendo esta antigua carta del siglo II, que hoy no ha perdido actualidad.

En esta reflexión vamos a describir cuál ha de ser la misión del fiel laico en el mundo. Vamos a considerar cómo en «el contexto de la misión de la Iglesia, el Señor confía a los fieles laicos, en comunión con todos los demás miembros del Pueblo de Dios, una

4 Conferencia Episcopal Española, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 22.

gran parte de responsabilidad» (ChL 31)⁵. Hablando de esta parte de responsabilidad ya el concilio Vaticano II reconocía que:

Los sagrados Pastores saben muy bien cuánto contribuyen los laicos al bien de toda la Iglesia. Saben que no han sido constituidos por Cristo para asumir ellos solos toda la misión de salvación que la Iglesia ha recibido con respecto al mundo, sino que su magnífico encargo consiste en apacentar los fieles y reconocer sus servicios y carismas, de modo que todos, en la medida de sus posibilidades, cooperen de manera concorde en la obra común» (LG 1).

1. Los fieles laicos, sarmientos fecundos

Volviendo una vez más a la imagen bíblica de la vid y los sarmientos hemos de darnos cuenta de algo que también afecta a la condición de los fieles laicos: la consideración de la fecundidad y de la vida. Enraizados y vivificados por la vid, los sarmientos son llamados a dar fruto, «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése *da mucho fruto*» (Jn 15,5). Dar fruto es una exigencia esencial de la vida cristiana y eclesial. El que no da fruto no permanece en la comunión: «Todo sarmiento que en mí no da fruto (mi Padre), lo corta» (Jn 15,2).

Ahora bien, la condición absolutamente indispensable para dar fruto es la comunión con Jesús, de la cual deriva la comunión entre

5 El despertar de la conciencia misionera de los laicos se puede considerar un auténtico “signo de los tiempos” y uno de los frutos espléndidos del concilio Vaticano II, puesto que esta conciencia estuvo largamente adormecida en la historia, debido a dos factores principalmente: primeramente, al largo proceso de marginalización sufrido por los laicos en la Iglesia, fruto a la vez del imparable proceso de monopolización de dones y carismas de los clérigos (el clericalismo); y, en segundo lugar, la situación de cristiandad que ha vivido la Iglesia durante siglos que le llevó insensiblemente a un concepto muy reductivo de la misión (entendida ésta solo como “misión entre paganos” o misión *ad gentes*). Cf. A. M. Calero, *El laico en la Iglesia. Vocación y misión*, Madrid 1997, 125.

los cristianos: por eso dice Jesús, «separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Esto quiere decir que la *comunidad genera comunión*, es decir, que la comunión es *misionera*. En efecto, Jesús dice a sus discípulos: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16).

Como explica perfectamente *Christifideles laici*, «la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión» (ChL 32). Esta relación recíproca entre comunión y misión tiene dos consecuencias claras para nuestro concepto de “evangelización”:

1) que la misión ha de reflejar la identidad y la naturaleza misma de la Iglesia. «La misión de la Iglesia es reunir al pueblo: en la escucha de la palabra, en la comunión fraterna, en la fracción del pan (Hch 1 y 4) (...) Por eso hacer comunión es hacer misión»⁶.

2) la misión de la Iglesia, antes que ser acción, es una irradiación y manifestación de su propio ser⁷. «La misión de la Iglesia deriva de su misma naturaleza, tal como Cristo la ha querido: la de ser “signo e instrumento (...) de unidad de todo el género humano” (LG 1). Tal misión tiene como finalidad dar a conocer a todos y llevarles a vivir la “nueva” comunión que en el Hijo de Dios hecho hombre ha entrado en la historia del mundo. En tal sentido, el testimonio del evangelista Juan define —y ahora de modo irrevocable— ese fin

6 Conferencia Episcopal Española, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 23.

7 «Antes de ser acción la misión es testimonio e irradiación» (cf. San Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio*, 26; San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 41-42); «La Iglesia crece no por proselitismo sino “por ‘atracción’: como Cristo ‘atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor” (Benedicto XVI, *Homilía en la inauguración de la V Conferencia General CELAM*, Aparecida [13 mayo 2007]). La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él los amó (cf. Rom 12,4-13; Jn 13,34) (cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 159).

que llena de gozo, y al que se dirige la entera misión de la Iglesia: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con el Hijo, Jesucristo» (ChL 32).

También, entonces, la misión del fiel laico es una comunión misionera, que se realiza fundamentalmente en una obra de acrecentamiento de su propia conciencia y dignidad, al vivir la comunión con Cristo y su participación en la Iglesia. Sólo así, su compromiso y su tarea en el mundo no le apartará de su unión con la vid, sino al contrario, en unión a Cristo, dará mucho fruto.

2. Los fieles laicos, protagonistas de la nueva evangelización

La evangelización es la tarea que concentra, configura y define la entera misión de la Iglesia, cuyo camino en la historia avanza movido por la gracia y el mandato del Señor resucitado: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15). «Evangelizar —ha escrito el Papa Pablo VI— es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»⁸.

La evangelización es tarea de toda la Iglesia: todos los miembros de ella están llamados a cooperar en el anuncio del Evangelio. «La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados»⁹. Pero, de un modo especial: «Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio: son habilitados y comprometidos en esta tarea por los sacramentos de la iniciación cristiana y por los dones del Espíritu Santo» (ChL 33).

Si es verdad que el imperativo de Jesús “Id y predicad el Evangelio” mantiene siempre su valor, sin embargo, la actual

8 San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14.

9 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 120.

situación, no sólo del mundo, sino también de tantas partes de la Iglesia, exige absolutamente que la palabra de Cristo reciba una obediencia más rápida y generosa. Cada discípulo es llamado en primera persona: ningún discípulo puede escamotear su propia respuesta: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Cor 9,16). «Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”»¹⁰.

Esta llamada se hace especialmente urgente entre aquellos países y naciones, en los que la fe cristiana llegó a ser operativa y viva, pero ahora, expuestos a ideologías como el indiferentismo, el secularismo o el ateísmo, corren el riesgo de diluir e incluso desaparecer todo ese patrimonio moral y espiritual cristiano. En esos lugares —como han interpelado ya los últimos Pontífices— ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización. «Urge en todas partes —dice el Papa Juan Pablo II— rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana» (ChL 34).

Pero la condición para ello es que se rehaga desde las mismas comunidades cristianas que viven en esos lugares. Por ello,

«los fieles laicos —debido a la participación en el oficio profético de Cristo— estén plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana —más o menos conscientemente percibida e invocada por todos— constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y cada sociedad. Ello será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida

10 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 120.

familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud» (ChL 34).

La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana.

Esta nueva evangelización está dirigida no sólo a cada una de las personas, sino también a enteros grupos humanos en sus más variadas situaciones, ambientes y culturas. Por ello se necesitan formar "*comunidades eclesiales maduras*", con una fe plenamente vivida a la luz del encuentro con Cristo. «Los fieles laicos tienen su parte que cumplir en la formación de tales comunidades eclesiales, no sólo con una participación activa y responsable en la vida comunitaria y, por tanto, con su insustituible testimonio, sino también con el empuje y la acción misionera entre quienes todavía no creen o ya no viven la recibida en el Bautismo» (ChL 34).

3. Los fieles laicos, servidores del orden temporal

Es necesario recalcar que la misión de los laicos no se agota con el servicio al Evangelio (*ad intra*). Su misión también queda configurada por la "índole secular" de su vocación (*ad extra*). Están llamados "en" el mundo y "para" el mundo. Por eso, los laicos tienen como campo específico (aunque no exclusivo), «la

animación cristiana del orden temporal¹¹» (AA 7). En virtud de esta presencia activa en el orden temporal, los laicos también reciben el nombre de “seculares” (del latín *seaculum*, siglo, por estar inmersos en el tiempo presente). La vocación específica del laico lo coloca en el corazón mismo del mundo, al servicio de las más variadas tareas seculares, como decía Pablo VI, le compromete a «poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez presentes y activas en las cosas del mundo»¹².

La exhortación apostólica *Christifideles laici* expone los ámbitos concretos de mayor importancia y urgencia en los que los laicos tienen hoy una imprescindible misión secular (cf. ChL 36-44). Entre ellos destaca:

—*La contribución a la promoción de la persona.* Se trata de salvar, y a menudo restablecer, el valor central del ser humano que, precisamente porque es persona, no puede ser tratado nunca “como un objeto utilizable, un instrumento o una cosa”.

—*La defensa y la promoción de los derechos de la persona humana.* Ante todo el reconocimiento de la inviolabilidad de la vida

11 Por orden temporal se entiende aquel orden de realidades que se refiere directamente a las cosas que pertenecen al ámbito de la vida actual, aunque también estén orientadas a la vida eterna. «Todo lo que constituye el orden temporal (...) no son solamente medios para el fin último del hombre, sino que tienen, además, un valor propio» (AA 7). La creación de Dios da consistencia y dignidad a este orden intramundano: «vio que (lo que había creado) era bueno» (Gén 1,12.18.21): dice repetidamente el Génesis ante las obras de la creación. Con la encarnación y la redención, el valor de las cosas temporales no queda anulado o reducido, como si la obra del Redentor se opusiera a la obra del Creador; al contrario, queda restablecido y elevado, según el plan de Dios de «hacer que todo tenga a Cristo por cabeza» (Ef 1,10) «y reconciliar por Él y para Él todas las cosas» (Col 1,20). Así, pues, en Cristo todas las cosas encuentran su plenitud y su consistencia (cf. Col 1,17). Eso no significa ignorar la experiencia histórica del mal y, para el hombre, del pecado, cuya naturaleza sólo se esclarece a la luz de la revelación, como tiene en cuenta el propio concilio: «En el decurso de la historia, el uso de los bienes temporales se ha visto desfigurado por graves aberraciones» (AA 7). «Incluso hoy, no pocos, en vez de dominar las cosas según el plan y la ordenación de Dios, como podrían permitirlo los progresos de la ciencia y de la técnica, por su excesiva confianza en los nuevos poderes se convierten en sus esclavos y ocasionan daños, a veces graves» (San Juan Pablo II, Audiencia general [13 abril 1994], en la que explica la obra de los laicos en el orden temporal).

12 San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 70.

humana, ya que la vida es un bien primero y fontal, condición de todos los otros derechos de la persona. «Es de máxima importancia que los laicos cristianos —con la ayuda de toda la Iglesia— asuman la responsabilidad de hacer volver la cultura a los principios de un auténtico humanismo, con el fin de que la promoción y la defensa de los derechos humanos puedan encontrar fundamento dinámico y seguro en la misma esencia del hombre, aquella esencia que la predicación evangélica ha revelado a los hombres»¹³. En esta defensa de la dignidad personal y del derecho a la vida tienen una responsabilidad especial los padres, los educadores, los agentes sanitarios y todos los que poseen el poder económico y político.

—*La defensa y la promoción del derecho de libertad religiosa, la libertad de conciencia y de culto.* «La libertad religiosa, exigencia insuprimible de la dignidad de todo hombre, es piedra angular del edificio de los derechos humanos, y por tanto, es un factor insustituible del bien de la persona y de toda la sociedad, así como de la propia realización de cada uno. De ello resulta que la libertad, de los individuos y de las comunidades, de profesar y de practicar la propia religión, es un elemento esencial de la pacífica convivencia entre los hombres»¹⁴.

—*El compromiso apostólico a favor del matrimonio y la familia.* «El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos. Es un compromiso que sólo puede llevarse a cabo adecuadamente teniendo la convicción del valor único e insustituible de la familia para el desarrollo de la sociedad y de la misma Iglesia» (ChL 40). «El aporte indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja»¹⁵.

13 Sínodo de Obispos sobre los laicos (Roma 1987): *Proposición 36*.

14 San Juan Pablo II, *Mensaje de la XXI Jornada mundial de la paz* (8 diciembre 1987).

15 Papa Francisco, *Exhortación Evangelii Gaudium*, 66.

—*El compromiso en la vida política* que, como la definió la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, es “noble arte”, en cuanto que es el instrumento por excelencia para la construcción de una “ciudad” realmente digna del hombre, actuando desde el criterio básico de la consecución del bien común de todos los hombres y de todo el hombre.

—*El compromiso con el desarrollo económico y social*, en estrecha relación con el complejo *mundo del trabajo*. «En el contexto de las perturbadoras transformaciones que hoy se dan en el mundo de la economía y del trabajo, los fieles laicos han de comprometerse, en primera fila, a resolver los gravísimos problemas de reciente desocupación, a pelear por la más tempestiva superación de numerosas injusticias provenientes de deformadas organizaciones del trabajo, a convertir el lugar del trabajo en una comunidad de personas respetadas en su subjetividad y en su derecho a la participación, a desarrollar nuevas formas de solidaridad entre quienes participan en el trabajo común, a suscitar nuevas formas de iniciativa empresarial y a revisar los sistemas de comercio, de financiación y de intercambios tecnológicos» (ChL 43)¹⁶.

—*Contribuir al desarrollo de la cultura humana*, conscientes, además, de que «la ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo»¹⁷. «La Iglesia pide que los fieles laicos están presentes con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de creación artística y de la reflexión humanista» (ChL 44). No es posible, por consiguiente, vivir de espaldas al amplio y apasionante mundo de la cultura. Se trata, en efecto, no sólo de purificar eventualmente aspectos de una cultura que fuera en contra de la verdadera dignidad del

16 El compromiso cristiano en el espacio económico y social se hace si cabe aún más urgente después de la aparición de una economía de exclusión social y la cultura del descarte, o la idolatría del dinero, como denuncia el Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 53-58.

17 San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 20.

hombre, sino también y particularmente, de evangelizar la cultura aportando todas aquellas riquezas humanas y trascendentes que ofrece el Evangelio al auténtico desarrollo y dignidad humanas¹⁸.

Como se puede apreciar, la misión del fiel laico es una tarea exigente: exige una gran *fidelidad* evangélica y, al mismo tiempo, una buena dosis de *creatividad* histórica¹⁹. En virtud de esta misión al laico se le exige estar en el «corazón» del mundo. Su presencia en él ha de ser significativa: «Cada laico debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo. Todos juntos y cada uno de por sí deben de alimentar al mundo con frutos espirituales (cf. Gál 5,22) y difundir en él el espíritu del que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos, a quienes el Señor en el Evangelio proclamó bienaventurados (cf. Mt 5,3-9). En una palabra, “lo que el alma es en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo”» (LG 38).

18 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 69-70 y la atención que presta a los desafíos de las culturas urbanas, cf. 71-75.

19 No en vano, conscientes de esta difícil tarea, que se sitúa «en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia» (Pío XII, 20 febrero 1946), el concilio Vaticano II también reconoció que, para su función en las fronteras de estas cuestiones, el laico necesita una legítima autonomía para testimoniar su fe en estos campos “en el mundo”: «a la conciencia bien formada del seglar toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena. De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión. Cumplan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio» (GS 43).



Edificados en Cristo

Haced la voluntad del Padre

Tema de Formación 5º

Los laicos, evangelizadores con Espíritu



Los laicos, evangelizadores con Espíritu

En esta quinta catequesis se define y se describe la espiritualidad que ha de vivir el fiel laico. Ésta no es más que la consecución de la propia identidad. Es la vivencia existencial, guiada por el Espíritu, de su propia identidad teológica y eclesial. Consecuentemente, si antes se ha descrito el fiel laico en el “corazón” del misterio de Dios, de la Iglesia y del mundo; ahora, su espiritualidad, se define desde el conjunto de las mismas relaciones: es una espiritualidad imbuida del sentido del misterio cristiano, por tanto, trinitaria, cristocéntrica, sacramental, discipular (basada en el encuentro y el seguimiento de Cristo); envuelta del espíritu de comunión de la Iglesia, por ello, profundamente eclesial; y, por último, orientada a la misión evangelizadora en el mundo, testigo de una Iglesia “en salida”, por ello, consiguientemente, misionera y secular.

La alegoría de la vid y los sarmientos (cf. Jn 15,1-8) nos ha ido acompañando y guiando en estas reflexiones. A través de ella hemos descrito la vocación y la identidad del cristiano laico en el “corazón” del misterio de Dios, de la Iglesia y del mundo. Ahora,

la misma alegoría nos sirve para indicar la *espiritualidad*¹ que está llamado a vivir el fiel laico.

En esa alegoría, Jesús revela el tipo de vinculación que Él ofrece y que espera de los suyos. No quiere una vinculación como “siervos” (cf. Jn 8,33-36), porque el “siervo no conoce lo que hace su señor” (Jn 15,15). El siervo no tiene entrada a la casa del amo, menos a su vida. Jesús quiere que su discípulo se vincule a Él como “amigo” y como “hermano”. El “amigo” ingresa a su vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir su vida (Jesucristo) en la propia existencia (cf. Jn 15,14), marcando la relación con todos (cf. Jn 15,12). El “hermano” de Jesús (cf. Jn 20,17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y sus discípulos comparten la misma vida que viene del Padre². El cristiano laico está llamado a *experimentar esta comunión con Cristo*: a ser amigo y hermano de Él. Lo recordó el concilio, afirmando de los laicos: «al cumplir como es debido las obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no separen la unión con Cristo de su vida personal» (AA 4).

1 Antes de proseguir el desarrollo del tema es muy importante comprender qué es espiritualidad. La espiritualidad es la vida *animada* por el Espíritu Santo. La vida cristiana es presentada frecuentemente por la Escritura como una “vida en el Espíritu”. Cristiano es “el que se deja llevar por el Espíritu” (Rom 8,14), “el que sigue los pasos del Espíritu” (Gál 5,25), “el que vive según el Espíritu” (Rom 8,4-5), “el que procede guiado por el Espíritu” (Gál 5,16) “el que no entristece al Espíritu” (Ef 4,30), en una palabra, el que es dócil a la voz del Espíritu. La vida cristiana es una vida según el Espíritu. Por eso, no se puede ser cristiano sin “espiritualidad”, es decir, sin ser impulsado y empujado por el Espíritu. La “espiritualidad cristiana”, de ese modo, no se concibe como el resultado de un conjunto de prácticas piadosas que hay que *hacer*, sino que, la vuelta a las fuentes bíblicas de donde brota el acontecimiento cristiano, nos persuade que hoy ésta espiritualidad ha de ser considerada desde el protagonismo del Espíritu Santo, que es el principio vital de la experiencia cristiana.

El Papa Francisco alerta también del peligro de una espiritualidad alejada del compromiso evangelizador: «La vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora. Así, pueden advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del *individualismo*, una *crisis de identidad* y una *caída del fervor*. Son tres males que se alimentan entre sí» (Exhortación *Evangelii Gaudium*, 78).

2 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 132.

1. El laico es discípulo: llamado a vivir el misterio de Dios por medio del encuentro con Cristo

1.1 Características teológicas de la espiritualidad laical

1) La espiritualidad laical es profundamente *cristiana*: propone vivir el encuentro con Cristo, y la unión a Él. Así se presenta en el desarrollo de la alegoría, del evangelista Juan, que orienta no sólo la dignidad del cristiano laico, sino la espiritualidad que ha de vivir: “Permaneced en mí... El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto (Jn 15,4-5). «Es significativa la distinción, a que alude el texto, entre dos aspectos de la unión: hay una *presencia de Cristo en nosotros*, que debemos acoger, reconocer, desear cada vez más, alegrándonos de que alguna vez se nos conceda experimentarla de forma especialmente intensa; y hay una *presencia de nosotros en Cristo*, que nos invita a actuar mediante nuestra fe y nuestro amor»³.

2) Es *Trinitaria*. El cristiano laico está habitado por una presencia de Jesús, pero él mismo ha de habitar el misterio que le envuelve, es decir, ha de participar de la vida de Jesús, que le conduce al misterio de Dios Trinidad. Por ello, la espiritualidad laical es profundamente *trinitaria*: «Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-Amor. La experiencia de un Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable, nos permite superar el egoísmo para encontrarnos plenamente en el servicio del otro»⁴.

3) Es *Sacramental*. Es Dios Padre quien nos atrae al seguimiento de Jesús por medio del Espíritu Santo. Esta llamada se hace real desde nuestro bautismo: «La experiencia bautismal es el punto de

3 San Juan Pablo II, *Audiencia general* (1 diciembre 1993), en la que comentó los diversos aspectos de la espiritualidad de los seglares.

4 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 240.

toda espiritualidad que se funda en la Trinidad»⁵. El Espíritu Santo es quien nos sella, desde nuestro Bautismo, y quién nos unge perfectamente, desde la Confirmación, la imagen de Cristo en nosotros: por medio del Espíritu, cada cristiano es un “reflejo” de Cristo; más aún, está configurado a Cristo mismo. La espiritualidad laical es, por tanto, una espiritualidad que se cimienta, nace y se nutre, de la economía sacramental de la Iglesia: los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo, confirmación y eucaristía) son su fuente y su raíz. Es por ello una espiritualidad *sacramental*. A través de ellos el laico vive el misterio pascual del Señor e, impulsado por el Espíritu, está llamado a buscar, encontrar y seguir a Cristo.

4) Es *Cristocéntrica*. El encuentro sacramental de Cristo con los bautizados, conduce a cada uno de ellos a buscar al Señor y encontrarse con Él en el camino histórico de su propia vida. Ello es posible porque Cristo sale a nuestro encuentro con su Encarnación. «En la historia de amor trinitario, Jesús de Nazaret, hombre como nosotros y Dios con nosotros, muerto y resucitado, nos es dado como Camino, Verdad y Vida. En el encuentro de fe con el inaudito realismo de su Encarnación, hemos podido oír, ver con nuestros ojos, contemplar y palpar con nuestras manos la Palabra de vida (cf. 1 Jn 1,1), experimentamos que “el propio Dios va tras la oveja perdida, la humanidad doliente y extraviada”⁶. Esta prueba definitiva de amor tiene el carácter de anonadamiento radical (*kénosis*), porque Cristo “se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Flp 2,8)»⁷. La espiritualidad laical es, por tanto, una espiritualidad “*cristocéntrica*”, tejida toda ella desde el encuentro con la persona de Cristo, desde su seguimiento y conformidad con Él.

5 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 240.

6 Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas est*, 12.

7 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 242.

5) Es *Discipular*. «El encuentro con Cristo es, por tanto, el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia al que llamamos discípulo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁸. Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús (cf. Jn 1,35-39)»⁹. La espiritualidad laical es una espiritualidad profundamente evangélica, *discipular*. Según ella, la naturaleza misma del cristianismo consiste, por tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo. «Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones. El evangelista Juan nos ha dejado plasmado el impacto que produjo la persona de Jesús en los primeros discípulos que lo encontraron, Juan y Andrés. Todo comienza con una pregunta: “¿Qué buscáis?” (Jn 1,38). A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: “Venid y lo veréis” (Jn 1,39). Esta narración permanecerá en la historia como la síntesis única del método cristiano»¹⁰.

También hoy, para muchos cristianos laicos, se levanta la misma pregunta llena de expectativa: “Maestro, ¿Dónde vives?” (Jn 1,38) ¿dónde encontrar al Señor hoy? ¿Cómo poder llegar a ser fiel laico hoy? ¿Cómo vivir de nuevo este encuentro con el Señor que le hace a uno discípulo de Él?

8 Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 1.

9 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 243.

10 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 244.

1.2 Lugares del encuentro con Cristo hoy para los laicos

El encuentro con Cristo, gracias a la acción invisible del Espíritu Santo, se realiza en la fe recibida y vivida de la Iglesia¹¹.

—Encontramos a Jesús en la *Sagrada Escritura*, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura, “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo”, es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora. Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo. Se hace, pues, necesario, que los fieles laicos se eduquen en la lectura orante de la Escritura, para encontrarse con el Señor, que se inicien en la correcta interpretación de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo y que sean el alma de su vida.

—Encontramos a Jesucristo, de modo admirable, en la *Sagrada Liturgia*. Al vivirla, celebrando el misterio pascual, los discípulos de Cristo penetran más en los misterios del Reino y expresan de modo sacramental su vocación de discípulos y misioneros. La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia el Padre y hacia el prójimo. La participación en la celebración de la eucarística es el lugar donde la comunión sacramental con Cristo es la fuente de esa especie de mutua inmanencia entre el alma y Cristo, que él mismo anuncia: “el que come mi carne y bebe mis sangre, permanece en mí, y yo en él” (Jn 6,56). El banquete eucarístico asegura ese alimento espiritual que nos hace capaces de producir mucho fruto. También los fieles laicos están, por tanto, llamados e invitados a una intensa vida eucarística. La participación sacramental en la Misa dominical deberá ser para ellos la fuente de su vida espiritual y de su apostolado.

11 Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento conclusivo (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 246-257.

—La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero. Por eso, “es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del Maestro”¹².

—Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el *amor fraterno*. Allí Él cumple su promesa: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). Está en todos los discípulos que procuran hacer suya la existencia de Jesús, y vivir su propia vida escondida en la vida de Cristo (cf. Col 3, 3). Ellos experimentan la fuerza de su resurrección hasta identificarse profundamente con Él: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20).

—También lo encontramos de un modo especial en los pobres, afligidos y enfermos (cf. Mt 25, 37-40), que reclaman nuestro compromiso y nos dan testimonio de fe, paciencia en el sufrimiento y constante lucha para seguir viviendo. ¡Cuántas veces los pobres y los que sufren realmente nos evangelizan! En el reconocimiento de esta presencia y cercanía se juega la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo¹³. El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. De la contemplación de su rostro sufriente en ellos¹⁴ y del encuentro con Él en los afligidos y marginados, cuya inmensa dignidad Él mismo nos revela, surge nuestra opción por ellos. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino.

12 San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 33.

13 Cf. San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 49.

14 Cf. San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 25.

Por tanto, el encuentro con Cristo es insustituible en la vida del discípulo. El laico tendrá que ahondar cada vez en su búsqueda y encuentro con la persona de Cristo desde la profunda convicción de que:

«No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo»¹⁵.

2. El fiel laico, llamado a vivir la comunión de la Iglesia

Desarrollando la lógica inserta de su vocación, el fiel laico está llamado a vivir también la espiritualidad de comunión característica de la Iglesia-Comunión¹⁶. La espiritualidad laical es así profundamente *eclesial*. No es una espiritualidad esencialmente subjetiva o individualista, sino que tiene una esencial componente comunitaria.

Los discípulos de Jesús están llamados a vivir en comunión con el Padre (1 Jn 1,3) y con su Hijo muerto y resucitado, en la comunión del Espíritu (1 Cor 13,13). El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia: "Un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, llamada en Cristo "como un sacramento, o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). La comunión de los fieles se sustenta en la comunión con la Trinidad.

15 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 266.

16 Cf. San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 43.

«La vocación del discípulo de Jesús es la con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Jesucristo nos llegó a través de la comunidad eclesial: ella nos da una familia y un hogar. Esto significa que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta, en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y de comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa»¹⁷. El mismo Papa Francisco invita a todos los discípulos a la experiencia de comunión que brota del evangelio, a un “sí” a las relaciones nuevas en Cristo, a una verdadera “mística” de la fraternidad, capaz de sanar las heridas del corazón: «el modo de relacionarnos con los demás que realmente sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un “pequeño rebaño” (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). ¡No nos dejemos robar la comunidad!»¹⁸.

El fiel laico está llamado, por tanto, a vivir su pertenencia a la Iglesia con gozo y alegría, a sentir “el gusto espiritual de ser pueblo” (Papa Francisco), a ser una persona de comunión, de tender puentes y reconocer y estimar los diversos carismas presentes en la Iglesia para evangelizar el mundo. La espiritualidad de comunión estimula por ello el crecimiento en la vida espiritual.

17 Cf. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 156.

18 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 92.

«El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano “camina en las tinieblas” (1 Jn 2,11), “permanece en la muerte” (1 Jn 3,14) y “no ha conocido a Dios” (1 Jn 4,8). Benedicto XVI ha dicho que “cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”¹⁹, y que el amor es en el fondo la única luz que “ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da fuerza para vivir y actuar”. Por tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios»²⁰.

3. El laico es discípulo y misionero: llamado a anunciar el Evangelio “en” el mundo

Por último, la espiritualidad laical —como toda espiritualidad auténticamente cristiana— es profundamente *misionera*. Este último aspecto no es un adorno a su vocación, sino que es la síntesis lógica de su vida. El discípulo, fundamentado en su amistad íntima con Cristo y alimentado de su Palabra y de su Espíritu, se siente impulsado a llevar el Evangelio a sus hermanos. «Discipulado y misión son como las dos caras de una misma moneda: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf Hch 4,12)»²¹. Por esto, «Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado

19 Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas est*, 16.

20 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 272.

21 Benedicto XVI, *Discurso inaugural a la Asamblea del CELAM* (13 mayo 2007).

con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”»²². «Todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esa manera, como Él es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma»²³.

«Cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratuidad y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro. La misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad»²⁴.

3.1 *La misión evangelizadora configura la vocación y la vida cristiana*

El fiel laico ha de concebir su misión como algo inherente su misma vocación cristiana, entrañado en su amistad con Cristo. La misión, entonces, entendida como algo constituyente de la relación con Jesús, «no es una parte de la parte de mi vida, un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que recocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar.

22 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 120.

23 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 144.

24 V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo* (Aparecida, 13-31 mayo 2007) 145.

Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás»²⁵.

Esa misión, nacida desde dentro y acogida como parte de mi vida, indica el camino a la santidad que se ha de recorrer: «Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque “esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Tes 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio»²⁶.

Esta misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde Él. «En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida... también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor»²⁷.

3.2 *La misión del seglar: santificar el mundo desde dentro*

El camino espiritual del fiel laico es un camino, por tanto, trazado en el designio amoroso del Padre, para reproducir la imagen de su Hijo Jesucristo por el Espíritu. Este camino se recorre “en” este mundo, envuelto en las tareas temporales. Esto indica que la espiritualidad del seglar es una espiritualidad secular, que atiende amorosamente a las preocupaciones temporales y terrenas, sin que estas sean un obstáculo al camino cristiano de la santidad.

La mirada del seglar al mundo ha de ser una mirada benévola, con buen juicio, sacando todo el bien oculto en él: «Es verdad que, en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón

25 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 273.

26 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, 19.

27 Papa Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, 20.

de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan. Se nos advierte muy claramente: “Hacedlo con dulzura y respeto” (1 Pe 3,16), y “en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres” (Rom 12,18). También se nos exhorta a tratar de vencer “el mal con el bien” (Rom 12,21), sin cansarnos “de hacer el bien” (Gál 6,9) y sin pretender aparecer como superiores, sino “considerando a los demás como superiores a uno mismo” (Flp 2,3). De hecho, los Apóstoles del Señor gozaban de “la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2,47; 4,21.33; 5,13). Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo»²⁸.

El mundo, para el cristiano seglar, no es el simple “escenario” de una representación teatral, ni solo una triste “condición” a soportar por parte de bautizado, ni únicamente el “valle de lágrimas” del que se desea salir lo antes posible... Es, por el contrario, la primera noticia que tenemos del amor de Dios, manifestada en la creación. Es la condición que quiso asumir el Hijo de Dios, al encarnarse, para anunciarnos el Evangelio y redimirnos de la oscuridad del pecado. El mundo está así santificado por la acción creadora y redentora de Cristo y, además, es objeto de esperanza de una transformación futura, cuando irrumpen “la tierra nueva y los cielos nuevos” (Ap 14,7).

El mundo es la condición primera y elemental de nuestra propia existencia. No es algo que está fuera de nosotros: somos esencialmente “en” el mundo, no sólo como localización, sino como condición. Por eso, Jesús, en su oración “sacerdotal”, ya suplicó por sus discípulos laicos, al pedir al Padre “no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy de mundo” (Jn 17, 15-16). El discípulo de Jesús ha de realizar una misión en el mundo, difícil, por la cual Jesús ha orado y sigue rezando, para que cada cristiano

28 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 271.

sepa orientarse en el mundo, encontrando en él el camino de su misión, el camino de su encuentro con Cristo. La vivencia de esta misión en el mundo comporta una serie de características o rasgos necesarios de asumir por el seglar, que le indican, además, como crecer en su conciencia «secular»²⁹:

- a) una particular experiencia cristiana de lo humano y una especial sensibilidad hacia lo humano;
- b) un amor teologal al mundo;
- c) una valoración positiva de la vida ordinaria;
- d) competencia profesional y sentido de responsabilidad;
- e) conciencia de la ordenación a Dios de las realidades temporales;
- f) acentuado sentido de la libertad personal.

El fiel laico, está llamado a ser protagonista en la nueva etapa misionera de la Iglesia, a la que llama el Papa Francisco. Para ello, tiene que ser un evangelizador con “Espíritu”:

«Cuando se dice que alguno tiene “espíritu”, esto suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria. Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones o deseos. ¡cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización

29 Cf. V. Bosch, *Santificar el mundo desde dentro. Curso de espiritualidad laical*, Madrid 2017.

con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora»³⁰.

«Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. En Pentecostés, el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de las grandezas de Dios, que cada uno comienza a entender en su propia lengua. El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia (*parresía*) en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente. Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios»³¹.

30 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 261.

31 Papa Francisco, Exhortación *Evangelii Gaudium*, 259.

This image shows a full page of white paper with horizontal dashed lines, typical of primary school handwriting practice paper. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

[illegible]

